DOSSIER

Roberto Buletti, en el centro de la escena y de perfil, reconstruye sus crímenes para la Justicia.

CUENTOS DE TERROR

El ex policía Roberto Buletti, responsable de los secuestros y muertes de Eduardo Oxenford, Mario Benjamín Neuman y Osvaldo Sivak, ha comenzado a revisar su historia, mientras espera una larga condena en la cárcel de Caseros, que quizá le lleve toda la vida. **Página/12** tuvo acceso exclusivo a los escritos de Buletti, en los que narra con detalle —entre otras cosas— los secuestros de Neuman y Oxenford , y el primer rapto de Sivak, en el que participó como investigador. En todos los casos queda clara la duplicidad de investigadores e investigados —roles que parecen intercambiables— y la utilización del secuestro, en el caso de Sivak, como una herramienta de la estructura represiva para conseguir fondos. Los hombres que resultaron detenidos en este último caso son quienes aparecen hoy involucrados en la investigación que lleva adelante el juez Nerio Bonifati: los subcomisarios José Ahmed —al que la versión oficial ubica como jefe de la banda— y Alfredo Vidal, quien aún se halla prófugo. Aquí se reproducen fragmentos de un texto de más de 300 páginas, en las que Buletti novela sus experiencias dentro de la Policía Federal y en el delito, actividades que ejerció simultáneamente y que muestra interconectadas entre sí.

Osvaldo Sivak, uno de los propietarios del Buenos Aires Building, fue secuestrado por primera vez el 7 de agosto de 1979, por un grupo de tareas conjunto de policías y militares que operaba en la Superintendencia de Seguridad Federal de la Policía Federal. Fueron detenidos por una comisión en la que trabajó Roberto Buletti algunos de sus miembros: los subcomisarios José Ahmed y Alfredo ''Poroto'' Vidal —el primero nuevamente detenido y el segundo prófugo—, y los capitanes Rafael López Fader y Roberto Fossa, quienes se beneficiaron con la ley de punto final. En ese momento, la familia pagó dos millones de dólares por su rescate. Sivak sería secuestrado de nuevo el 29 de julio de 1985 por la banda de Buletti, la que, pese a cobrar el rescate de 1.200.000 dólares, lo asesinó el 5 de noviembre de 1985.

El caso Sivak del año 1979. Y sobre éste, seguramente, habrá tantas personas que tratarán de desmentir mis dichos, que además aseguro que se hallan declarados ante un juez de esta Capital (...).

En la actualidad, a raiz del segundo secuestro de Sivak, año 1985, hubo infinidad de declaraciones de oficiales, jefes, suboficiales, que testimoniaron en esa causa. Pero casi ninguno, mejor dicho ninguno, contó la realidad. ¿Por qué? Sencillo, por una cuestión de disciplina verticalista, o una obediencia debida como está de moda ahora. Este episodio lo comentaré cambiando los nombres por no herir susceptibilidades; de todas maneras los nombres ahora ya están en el juzgado, pero esas son declaraciones legalmente hechas, y no necesariamente fueron hechas públicas. Pero la historia es absolutamente real. (...)

La cuestión es que yo me hallaba como normalmente lo hacía en la parte de abajo, oficinas no operativas. Ya casi era la hora de salir franco. Más o menos eran las 18.30, algo así, cuando escuché por el intercomunicador que el principal de sumarios me ordenaba que subiera a la oficina del comisario. Yo me pregunté ¿qué pasará? Nunca me llaman a ver al taquero, macanas con los prontuarios y esas cosas no me mandé. Así, por supuesto, subí la escalerita. Cuando estuve frente a la oficina del jefe máximo, observé que estaba encendida la luz roja. Esta lucecita se utilizaba para cuando los jefes tenían algo sumamente secreto que tratar y no querían ser molestados. De todas maneras, como yo fui porque me llamaron, no por mi cuenta, decidí golpear la puerta igual. Abrió apenas un inspector, Belcuore, a quien lo llamábamos el Bello Corazón. Estaba todo el estado mayor presente, el taquero y los dos subcomisarios, y luego se agregaría el tercero. Vino otro de apellido Cogorno, que luego termina involucrado en un tema de secuestro o algo similar, relacionado con el caso de Loter Chaco, Sara Siganevich, quien desapareció. Yo quedé algo asombrado, por lo visto era una reunión importante, se trataría algún tema sumamente interesante a juzgar por los presentes, que eran este principal Giménez, el inspector Osvaldo Darco, inspector Belcuore, el comisario, y los otros tres sub, nosotros los llamábamos el segundo, tercero, y así sucesivamente. El segundo era Inannibelli, y el tercero ya lo nombré, el otro que faltaba no recuerdo, pero es lo mismo, nunca se le dio participación en nada. Le decíamos el Chapulín Colorado, por su similitud con el actor mexicano. También estaba un ayudante que por razones de hallarse en actividad lo llamaré el Negro, y yo por supuesto. Me llamaba la atención pues había dos que no éramos de ese gallinero, el Negro, y yo. No obstante decidí esperar a ver de qué se trataba.

—Bueno muchachos, los he llamado pues acabamos de recibir una denuncia por secuestro. Pero debo confesarlo, no es una denuncia de un secuestro más, de los tantos que hay y habrá.

Dijo muy ceremoniosamente el segundo, y con cara de preocupación comencé a preguntarme, ¿por qué me llamó a mí también?, si ésta no era mi especialidad, al menos eso se pensaba.

—Ustedes se preguntarán por qué no es como todos los demás. A decir verdad, no podría precisar exactamente por qué no es igual, creo que son muchos los indicios que hacen





que éste tenga un olor muy especial. En principio el secuestrado es un judío. Eso es muy normal, en realidad son por lo general quienes tienen toda la torta. Hasta aquí no hay nada raro. El problema principal es que los denunciantes radicaron la denuncia, pero no quieren que intervengamos para esclarecerlo. Porque tienen temor de que por culpa nuestra corra riesgos el secuestrado.

—Y entonces ¿para qué hacen la denuncia? —preguntó el Chapulín, el último en jerarquía de los subcomisarios.

—Muy sencillo. Hace un tiempo atrás salió una ley que obliga a los damnificados por secuestros extorsivos a denunciarlos. Pero ellos se pueden abstener de dar intervención directa o colaboración alguna en el esclarecimiento. De alguna manera los asimila a cómplice, encubridor, o algo parecido si no lo denuncian. Por esto ellos se presentan y lo dan a conocer, pero... no quieren que intervengamos. Hasta aquí las cosas serían muy sencillas, no intervenimos y listo. Pero resulta que estuve con el superintendente de investigaciones, hace algunos minutos antes de esta reunión con ustedes, y me dijo lo siguiente: "Quiero que lo esclarezcan". Y sus razones son muy valederas. En lo que va de nuestra jefatura hubo muchos hechos similares que no fueron esclarecidos. Y nos acusa casi directamente de ineptos para esta función. Y que como esto no cambie, a fin de año cada uno deberá agarrar su valijita y tomárselas. Claro, eso con respecto a nosotros los jefes, tal vez ustedes se salven. Al menos algunos.

—Pero señor, sabemos más o menos bien por qué no hemos esclarecido otros hechos más —dijo Giménez. A lo que el segundo continuó:

—Sí, ya lo sé, incluso les dije: Vea, señor, todos sabemos cómo viene la mano. Si no hemos esclarecido más hechos es porque precisamente estamos ante elementos de propia fuerza, o lo que es peor, fuerzas conjuntas. Ellos cuentan con muchos más elementos que nosotros, inclusive están enterados de todos nuestros movimientos. Sabemos que las "áreas libres"... son manejadas por un grupo de enlace entre Policía y Ejército. Y cada vez que salimos a operar, los tipos están enterados, debido a nuestra solicitud de área liberada precisamente en la zona de la extorsión. De esta manera, es prácticamente imposible conjurar estos hechos.

Debo decir que el área libre, para algunos que no han escuchado esta palabra, significaba que para cuando una brigada debía operar en tal o cual lugar, debía informar a la División Enlace, que se hallaba en alguna agrupación militar, de este hecho. Por ejemplo el procedimiento se realizaría en Canning y Corrientes, se informaba que dos móviles de la División Defraudaciones y Estafas, Ford Falcon, con cuatro integrantes cada uno, operarían en esa zona desde la hora tal. A partir de allí, se emitían unas órdenes telefónicas a las comisarías de la jurisdicción, dando ese lugar como zona liberada, sin informarles más nada, que serían dos móviles Ford Falcon con cuatro ocupantes cada uno. Así los hechos, este personal de comisaría no debería acercarse a este lugar entre las horas mencionadas.

—Eso es el principal inconveniente que tenemos para esclarecer los hechos. Le expliqué a este hombre,que al parecer no quiere entender razones —terminó diciendo el segundo jefe.

—Bien señores, continuando con este asunto, tenemos entonces por un lado la denuncia, por el otro que no quieren que actuemos y hay una tercera posición: la Jefatura, que nos obliga a que lo hagamos. Analicemos entonces: el rusito chupado es el capo de Buenos Aires Building, una compañía financiera inmobiliaria y otras cosas más que al parecer les va muy bien. La suma con que se despacharon los secuestradores es de tres milloncitos de dólares. ¿Qué tal? Buena suma. Debemos tratar de esclarecerlo porque si no, nos echan a todos. Pero ojo, a su vez no contaremos con el apoyo de la familia, y ustedes saben bien que sin eso es prácticamente imposible lograr algo. Lo único que nos dejaron medio así de mala gana es el lugar donde se realizarán las tramitaciones del pago, es un teléfono de una casa en Once. En realidad de mucho no nos servirá. Por otro lado, no debemos usar área libre, ni tampoco tendremos autorización oficial a trabajarlo. Conclusión: debemos poner la cabeza nosotros solitos. Si sale bien habrá una gran alharaca de parte de los grandes jefes; si sale mal, traten de imaginar qué puede pasar.

—Sí, nos rajan a todos a alguna delegación, tipo Islas Malvinas, algo así —dijo Belcuore.

—Tenemos algunos otros inconvenientes, a saber. Estos rusos, por lo general, sabemos que no son parias. detrás de ellos siempre hay algún tipo influyente. Algún generalote, algo así. Esto me da a pensar, que si llegamos a enganchar a los responsables, no habrá problemas, es más, creo que hasta nos van a felicitar y todo. Pero si a raíz de nuestra intervención, le pasa algo al candidato éste, la bronca no la puede parar nadie. Por la sencilla razón de que no teníamos que haber intervenido, porque no teníamos área libre, porque los jefes grandes no sabían nada, y por toda una sarta de mentiras que harán rodar nuestras cabezas por el suelo. Y tal como están las cosas, tenemos muy pocas posibilidades de hacer las cosas bien. ¿Por qué?... Sencillo. Tengo la impresión de que este secuestro está siendo manejado por propias fuerzas. Y desde ya que si es así, olvidémonos de esclarecerlo. Y otra, si lo aclaramos también vendrán los inconvenientes. Porque si son los que yo pienso que pueden ser, la podrida será muy grande. Es por esto que los he llamado, porque quiero que ustedes opinen ya que la responsabilidad total de la cosa será de ustedes, es decir, la parte operativa.

—Vea, señor —comenzó Giménez—, yo pienso que sea como sea esto lo debemos trabajar a fondo. De alguna manera si las cosas no nos salen bien no será porque nosotros lo hicimos a propósito. Será por una falta de colaboración familiar, de falta de apoyo de la Jefatura, es decir, una serie de factores que pueden alterar el orden de la situación, pero no precisamente por ineptitud, o insensibilidad de parte nuestra hacia los damnificados. Yo me pongo en el lugar de los familiares, y comprendo la situación, ellos no son de otros planetas, viven en este país, saben como la mayoría de nosotros que muchas cosas sin explicación tienen una explicación muy fácil. Bastaría con meterse en las orejas de algunos granujas que pululan por aquí enfrente, o algunos otros organismos a los cuales todos conocemos, para desenterrar un montón de cosas, de las que inclusive nos hacen responsables a nosotros como encargados de esclarecerlas e investigarlas. Por lo tanto yo asumo la responsabilidad de tratar de encontrar al menos a los responsables de este hecho. Y así, de a poco las cosas cambiarán.

—Mirá Julián, es muy loable tu intención. Pero no debés olvidarte que el papel que nosotros desempeñamos depende un poco del gobierno de turno. Y te pregunto ¿quién está en este momento de turno? Y... ¿qué pasa? Suponete que este hecho sea algo di... digamos especial... y sabés a lo que me refiero. Y nosotros justamente nosotros somos los que metemos el dedo en la llaga. ¿Por qué te parece que nadie de arriba se quiere hacer responsable de esto? ¿Por qué te parece que nos empujan a laburarlo, tocándonos el amor propio diciéndonos que durante dos años a esta parte hubo 80 secuestros, y menos de la mitad esclarecidos? ¿Por qué? Contestáme. ¿Por qué se acuerdan justo hoy? Recién hoy debemos trabajar para limpiar el honor de dos o tres o más años de secuestros no esclarecidos. Esto, mi querido Julián tiene un doble sentido. Esto es un doble juego. Por un lado están los que secuestran, por el otro los secuestrados, y por el otro... sabés quién, varios más, en menor escala... Los que de alguna manera les interesa que se esclarezca, y los que si se llega a esclarecer, nos pegarán una patada en el culo, disimuladamente, eso sí. Porque tengo la impresión, además, que acá el interés por aclarar quiénes son, no es precisamente porque son unos honestos funcionarios, se me hace, y presiento un olor, un tufillo a zarpe. Me entendés, por señas, a puente. Acá deben haber zarpado a alguien que no está acá conforme con la guita, o que no le dan la que le corresponde. Algo de eso tiene que haber. Y nosotros la tenemos que jugar de boludos. No, querido, no es tan fácil como vos te creés.

—Sí, yo creo que todos tenemos un poco de razón —dijo Osvaldo que era bastante objetivo en sus apreciaciones—. Por un lado el jefe tiene razón, Julián. Vos te pensás que estos chicos malos, si van a realizar algo de este calibre, ¿lo harán sin un pecho atrás que los apuntale? Te creés que ellos te dirán una vez que lleguemos nosotros "Está bien muchachos nos entregamos, acá está todo el dinero, el secuestrado, me mandó Fulano, y ¿está enterado Menganito?" Supongo que no sos tan inocente en pensar que eso pasará... A saber, estimado y amigo del alma, nos recibirán a balazo limpio, y si tenemos más suerte que ellos de quedar en pie, seguramente nos detendrán por homicidio culposo. Se chocaron dos brigadas trabajando el mismo hecho. Una de Seguridad Federal y personal de Ejército, y la otra de Defraudaciones y Estafas. Y... discúlpeme jefe —dijo haciendo una pausa y mirando al subcomisario y al taquero—: Te creés que alguien... podrá... salvarnos.

—Yo pienso que esto no merece discusión, jefe, usted si nos llamó debe ser porque tiene intención de que se trabaje, y bueno, nosotros estamos dispuestos a trabajarlo, ¿cuál es el problema? Yo lo lamento, si al descubrirse son algunos conocidos, y bueno. Mala suerte, no me considero un cagador, estoy cumpliendo una función. Pero claro, lo único que pido es que una vez que se aclare quiénes son los responsables, se los encane como a cualquier hijo de vecino.

—Es que allí está la madre del borrego, yo no lo puedo asegurar. ¿Qué quieren?, que les mienta, que les diga sí, yo me quedo y después me ordenan otra cosa —dijo con realidad el subtaquero.

—Ah, era por eso tanta charla, ah, ahora nos vamos entendiendo —dijo Osvaldo.

Bien, los detalles manejénlos entre ustedes. Listo, están en libertad de acción, mañana la seguimos. (...)



Todos estuvimos de acuerdo, pero Julián preguntó algo más:

—Si se produce un tiroteo, ¿qué pasa?

—Mejor si se produce, ustedes no le mezquinen a ninguno, sea quien sea.

—Está seguro de lo que dice, jefe, no sea cosa que después, esto ya es muy delicado —dijo Osvaldo.

—Escúchame, es la vida de ustedes, ¿no?

—Está bien, ya veremos —respondió Julián. (...)

Me detuve en la esquina de Rivadavia y ésa que era la segunda o tercera después de Pueyrredón, en dirección oeste por supuesto. Tomo el Handy en momentos que observo que los dos suben al puente con la intención, ya no cabía duda, de cruzar hacia Díaz Vélez, justo al lugar que habíamos hablado hacía momentos y que con buena fortuna se me había ocurrido justo a mí.

—Bajate de la moto, Negro, seguilos, yo daré la vuelta por donde tenga un paso a nivel. No hagas nada, seguilos nada más, en dos segundos estoy con vos. —Termino de decir esto y el Negro estaba ya caminando en dirección similar a la de nuestros observados. Modulo nuevamente M. I a móviles.

—Adelante, adelante, moto uno.

—En estos momentos, los de la valija ascienden al puente sobre las vías del Sarmiento, se dirigen hacia la zona por nosotros antes citada, alerta posibilidad de pago en el lugar. El Negro se halla siguiéndolos, yo no puedo cruzar, daré la vuelta, y nos vemos.

—Está bien, tené en cuenta lo que dijimos, cuidá el cuero.

—Sí papá, te quiero mucho —terminé la modulación, para enfriar las cosas.

No alcancé a guardar el Handy dentro de mi carterita, que salí disparado con la Honda en dirección a buscar un paso bajo nivel y salir del otro lado. Sobre la Honda parecía que lloraba, cada acelerada que le aplicaba. Cuando estoy dando la vuelta, y antes de llegar a Díaz Vélez, escucho apenas la modulación de uno de nuestros móviles, me pongo el audífono, y escucho esto textual:

—Móvil de Defraudaciones y Estafas, a Central.

—Adelante móvil 2.

—Señor, en el lugar hay azules —esto en referencia a personal policial en actividad.

—Pido órdenes señor, azules en el lugar. —Y lo hacía con voz sumamente nerviosa, y como gritando por la excitación. Se escucha un silencio, que dolía, pues allí empezaba la función de nuestros jefes, ahora comenzaríamos a ver hasta dónde se bancaban el cimbronazo.

—Proceda a su detención móvil I —escucho nuevamente la respuesta de uno de nuestros mandamases. Pero Julián insistió.

—Señor, se trataría de personal de mayor jerarquía a la mía.

Otra vez el silencio, y unos segundos después escucho nuevamente la voz del segundo jefe.

—Proceda a su detención.

—Señor, se trata de oficiales jefes.

—Usted los detiene —se escucha una voz distinta a la anterior.

—Comprendo, señor.

En ese preciso instante que se estaban ya produciendo las últimas frases por los equipos de comunicaciones, yo había llegado hasta un lugar, donde observaba lo siguiente: en principio estaba en la calle Díaz Vélez donde comienza la curva para cruzar Cangallo o Sarmiento. Desde mi posición tenía la visión del coche Dodge Polara, en el que habían secuestrado a Osvaldo Sivak. Este estaba estacionado contra uno de los cordones de la vereda, y era el primer coche empezando de la cuadra estacionado en esa zona. Cerca de éste, los dos tipos parados, ya sin el dinero, en la ochava, frente a ambos, lo divisaba al Negro tratando de disimular. Los dos damnificados no se iban del lugar.

Como eran dos millones de dólares lo que estaba en la valija, no querían dejarla sola. Y el Negro firme, mirando lo que sucedía. Yo había bajado de la moto, y me parapeté tras un frondoso árbol. Desenfundé la ametralladora, y pensé: bueno, veremos quién concurre a buscar el dinero. Estaba seguro que de allí la guita no se iba a ir. En eso noto que el Negro detiene a un tipo que venía caminando en dirección al coche donde estaba el dinero, y allí se produce el primer error lamentable. Porque él decide interrogarlo pensando que era uno de los secuestradores, y éste es un error grave, porque nunca se debe actuar hasta tanto no tenerlos con la mano en la valija. Para colmo de las casualidades, en ese preciso instante venía caminando un tipo por la vereda de la calle que corta Díaz Vélez, no tengo presentes los nombres. Y ése era efectivamente el secuestrador. Y, claro, como vio al Negro interceptando a una persona, se dio cuenta de la trampa, de que estaba la policía, y se dio media vuelta comenzando a caminar rápidamente, y allí se produce el arribo de los móviles, uno le cierra el paso, y este caminante estaba apoyado por otro, que no se hallaba allí en esa cuadra. Pero seguramente a ése era al que se refería Julián cuando decía azules en el lugar. (...)

Emprendí la marcha hacia la zona caliente, giro contramano en Cangallo, hago una cuadra, y veo que Belcuore estaba siendo presionado por dos o tres con armas de puño, y él se hallaba detrás de un coche. Hago disparos con la metra y alguien de nosotros grita en ese momento todos al piso. Un suboficial de los nuestros toma de los pelos a un desconocido que estaba armado, y comienza a haber más claridad en la cosa cuando llega Bello, y cuenta que cuando se hallaba persiguiendo a uno de los que se fugaban, éste grita, a una brigada de la Comisaría 9ª, que acierta a pasar por el lugar de casualidad, al menos creo eso.

—Me está siguiendo un zurdo, tírenle.

La brigada previo ver que dos tipos corrían, se apresta a disparar contra el Bello que estaba trabajando con nosotros. En eso es que aparezco y luego se aclara el panorama. Me-

jor dicho no se aclara, se oscurece más, porque se escucha:

—Policía, están detenidos.

—Nosotros somos también policía, identifíquese —fue la contestación del detenido.

—Soy el principal Giménez, de la División Defraudaciones y Estafas.

—Yo soy el subcomisario Fulano de la Superintendencia Seguridad Federal, estamos trabajando por orden de nuestros jefes directos, y por disposición del señor jefe de la Superintendencia teniente coronel Sutano.

A la mierda, pensé, sonamos, se pudrió todo. Justo yo trato de tomar a uno de los que estaba allí, y me dice retírese, soy el subcomisario Poroncho de la misma Superintendencia.

—¡Qué subcomisario!, usted es un delincuente —y justo que estaba por meter una mano, Julián para la cosa, y bueno, hubo una de forcejeos, los de la brigada de la novena estaban al mando de un inspector: Que no me toquen de aquí, no me toquen de allá, soy superior. Era un quilombo que nadie sabía cómo se terminaría por arreglar. Estos dos subcomisarios deciden que no irían a ningún lado hasta tanto no llegara un oficial jefe al lugar. Por lo tanto Giménez decide llamar a un jefe por la motorola del Falcon.

—Señor, solicitamos oficial jefe en el lugar, por razones de jerarquía.

—Entendido —contesta alguien en Central, y ocurre aquí un hecho cómico ahora, pero que daba la pauta hasta qué punto cada uno no se quería comprometer. Se imponía que quien debía venir sería Iannibelli, el segundo jefe, o de lo contrario el Taquero. Pero como el Taquero no manyaba nada, se justificaba. Y ocurrió esto contado por un suboficial que estaba en la Central de Investigaciones.

—Bueno señor, tiene que ir usted que es el comisario —dijo el segundo, sacándose la pelota de encima en una forma alevosa.

El Gordo, que era buen tipo, no sabía mucho de esa división pero tenía ya unos cuantos años de experiencia en la policía, y no era tan boludo como podían pensar muchos, le contestó:

—No, no, andá vos que estás más empapado del asunto, lo manejaste bien, así que seguí vos nomás.

—No, pero debe ir una jerarquía mayor que subcomisario, tiene que ser usted, jefe —insistía éste.

—No, no, qué voy a hacer yo allí, no, andá vos que sos el jefe de brigadas.

—No, yo no soy el jefe de brigadas, el de brigadas es Cogorno.

Allí se la dejaron en el área a Cogorno, que no sabía un pepino de nada, pero era nuevo, y aparte un inconsciente bárbaro. Pero tampoco era tan boludo como para debutar con ese bolonqui, y dijo:

—No, yo qué tengo que hacer allí, si no sé ni de qué se trata.

Dicen que por poco no lo definen al truco quién bajaba al lugar del hecho. Por supuesto, como de costumbre, ¿quién pierde?, el de menor antigüedad, así que allá fue Cogorno.

Pero aquí no termina el asunto, recién empezaba, en todo caso. Cuando arriba el subcomisario Cogorno al lugar, uno ¿qué espera que haga? Que primero hable con el personal bajo sus órdenes, es decir con quien primero debía hacerlo era con Giménez, que estaba a cargo del operativo en la calle. No, curiosamente baja del coche, hace unos pasos, mira todo el despelote de gente, y se dirige a darle un abrazo a uno de los subcomisarios, supuesto secuestrador hasta ese momento. Cuando yo vi esto, dije chau, estamos hasta las pelotas. Luego de besos, abrazos y demás, recién pareció enterarse de que estaba Julián con su personal esperando a ver qué hacer.

Julián Giménez, Osvaldo y el Bello se juntaron y escuché cómo alguien decía:

—Preparate porque esta noche vamos a tener un baile, y se me hace por cómo viene la mano que los que tendremos que bailar con la más fea seremos nosotros.

Bueno, las cosas siguieron confusas, el chanta éste de Cogorno tampoco tenía mucha idea de lo que había que hacer, la cuestión, que la cosa se complicaba cada vez más, debido a que los detenidos negaban terminantemente tener algo que ver en este asunto, y no solamente eso, sino que además amenazaban con referencia al tipo de trabajo que estaban realizando, y por disposición de un jefe al cual se le deberían dar las explicaciones correspondientes por este atropello. Así que unos cuantos minutos después de deliberar en la vía pública, fueron trasladados a la división, menos la brigada de la novena que quedó en su dependencia a la espera de resultados.

El jefe fue a su oficina, pero antes de que se vaya todos nos pusimos de acuerdo para que como nosotros pusimos el cuero en la calle, uno al menos participara de las deliberaciones, algo así como una forma respetuosa hacia nosotros, o al menos si no podía estar presente estuviera en la oficina del costado, de la que se escuchaba todo lo hablado. Así fue, hubo uno, que fue por sorteo, no por jerarquía ni nada, pero me reservaré el nombre. Este nos comentó que pasó algo así:

Uno de los jefes le habría dicho a los otros, jefes también, pero sospechosos de secuestro:

—Bueno muchachos, no perdamos tiempo, que es oro, ¿cómo viene la mano aquí?

—Nada, nosotros estamos trabajando, no sabemos nada de ningún secuestrado.

—Bueno, miren, haremos una cosa. Yo no tengo intención de cagarlos, pero acá me dicen la verdad o directamente yo hago escribir el sumario y a ustedes los procesamos por secuestro, y a otra cosa. Así que me dicen cómo es esto, es un izquierda por derecha, o es por zurda, o cómo es y en todo caso por orden de quién lo hicieron. Después estaremos recién en condiciones de hablar claro, y negociar acorde a lo que digan sus jefes.

—Es que si nosotros decimos la verdad, ustedes directamente nos cagan.

—No señores, no es ésa mi intención, si fuera eso, ya los estaría procesando.

—Bueno, sí, es un izquierda por derecha. Estamos autorizados por nuestro jefe el comisario inspector Fulano de tal, jefe del departamento, y además tiene conocimiento el señor superintendente, el teniente coronel. En total somos dos o tres más y estamos autorizados para hacerlo para conseguir dinero para un diario que saldrá a la luz de un general de la Nación. El monto de lo recaudado irá a manos de esa gente, nosotros no ligaremos más que una pequeña parte.

—Y me quieren decir por qué nosotros teníamos orden de detenerlos.

—No tengo idea.

—Bien, llamaré a sus jefes a comprobar lo que me han dicho, si es cierto.

Se escuchó que marcaba los números de una dependencia policial, por el teléfono oficial. Este teléfono posee nada más que cuatro cifras, por lo que no es difícil al escuchar marcar saber que efectivamente se está usando ése, no el del Estado. La conversación al parecer sería con el superintendente de ese destino, o algún jefe muy similar. Al parecer éste no reconocía el trabajo supuestamente aducido por los detenidos. Se efectuó una nueva llamada, a ese mismo lugar, pero seguramente a otro departamento, y en éste al parecer la respuesta fue afirmativa, que efectivamente los detenidos se hallaban cumpliendo órdenes. El desconcierto reinante era evidente. Momentos después ingresó a nuestra división el jefe del Departamento de Delitos Económicos, comisario inspector Mastieri. Este al parecer no quería ninguna transa extraña, simplemente que se hicieran las actuaciones como estaban los hechos y nada más. Un rato después, se hizo presente un militar de alta graduación y según versiones, quería llevarse a su personal, es decir a los dos oficiales detenidos. Pues según su decir, estaban trabajando a sus órdenes y con conocimiento del Ministerio del Interior. Parece que todo esto no se concretó, pues el comisario inspector dijo que hasta que no apareciera el secuestrado esta gente no se iría de la división, debido a que la responsabilidad de la vida o muerte del mismo dependía exclusivamente de la División Defraudaciones y Estafas. Al parecer más tarde concurrió otro jefe, y llamaron algunos más. Y la cosa estaba dividida. Unos no querían ninguna clase de clemencia para los detenidos, y otros no aflojaban con la idea de que no se tomara ninguna medida procesal. Los que habíamos trabajado este hecho no contábamos para nada en todas las tramitaciones. Por ello en determinado momento exigimos a nuestros jefes una explicación de lo que estaba sucediendo, en virtud de que sus resultados podrían influir en nuestro futuro. Era lógico, ¿qué pasaba si esta gente salía sin ningún problema de allí? Nosotros, que fuimos los verdugos al parecer, pues los detuvimos y no les dimos demasiados buenos tratos acorde a su rango, tendríamos que empezar a pensar en algún tipo de represalias.

Y aquí en esta situación es donde vengo a darme cuenta con el tiempo y algunas averiguaciones hechas por mí, el porqué de ciertas actitudes de los jefes con respecto a mí y a otros oficia-



Caso Neuman

“¿Estás seguro que no vio nada?”

Mario Benjamín Neuman fue secuestrado el 15 de febrero de 1982 y, pese a que se pagó el rescate, murió de un disparo en la cabeza. Fue enterrado en el kilómetro 50 de la Ruta 2, aproximadamente en el mismo sitio donde luego yacerían los restos de Osvaldo Sivak, cuando fuera secuestrado y asesinado en 1985. Según se dijo oficialmente, el rescate pagado por los Neuman llegó a 198.000 dólares. La denuncia fue tomada por José Benigno Lorea, quien luego sería involucrado en el segundo secuestro de Sivak.

—Sorpresa, tenemos el dinero —dijo Carlos y todos corrieron a abrazarse.

—Dejámelo ver —dijo Raúl.

—Todos contra la pared —bromeó el Ruso.

—Bueno, menos mal, yo ya estaba preocupado por la demora —dijo Felipe.

—Traé una cerveza, vamos a tomar algo, no sabés cómo traspiramos la camiseta. El Negro casi me mata de un susto, no sabés lo que pasó. Andaba a los tirones con los tipos de la guita. Y para colmo, luego no se largaba del tren. Y lo hizo cuando había tomado casi toda su velocidad, por poco no se cae debajo de las ruedas.

—No es para tanto lo que pasó, es cierto, el que tenía la bolsa no la quería largar.

—Bueno, mucho chamuyo, procedamos a la repartija como debe ser —dijo el Ruso.

—Mirá, la cosa fue pobre, pero algo es algo, no pasa de 300 mil dólares, así que hay que repartir entre seis, y un pedacito muy pequeño para un amigo que me daba algunas precisas —comentó Felipe.

—Y falta otro pedacito para el hombre que nos dio al candidato —corrigió el Ruso.

—Hagamos algo, yo debo darle algo al francés Chaumont, es mejor arreglarlo con algo, el hombre nos prestó guita, nos dio un cheque y estuvo por participar. El hecho de que no haya intervenido directamente no nos da derecho de sacarlo completamente de la cosa —dijo Raúl.

—Me parece bien, una séptima parte para ellos tres —dije.

—No, Gringo, pará, un poco menos, después de todo es simplemente una especie de recordatorio, nada más.

—No seamos tan duros, Felipe, que después nos vamos a arrepentir —le respondí.

—Bueno, perfecto. Me dan lo que me corresponde que me quiero rajar a casa —dijo el Negro.

—No, momentito, hay que largarlo todavía —comenté.

—Roberto, debemos hablar seriamente sobre este asunto —me comentó Raúl continuando—. Mientras estaba cobrando con Felipe y el Ruso, estuvimos charlando al respecto.

—Mirá, por favor, dame la parte que me corresponde que me quiero ir. Precisamente por esto me quería ir rápido, porque me imaginaba que Felipe trajo alguna idea nueva para asustarlos a todos. —Dicho esto, tomó el paquete que muy silenciosamente preparaba Carlos para todos los componentes y, luego de dos o tres cosas que dijo, abrió la puerta y se fue.

—Yo no tengo ganas de discutir hoy Felipe. ¿Me podés decir qué decidieron y qué pasó?

—Mirá, yo hace unas horas me enteré de que rastrearon la llamada de Quilmes.

—¿Cuál? ¿La que hizo el mismo Neuman?

—Sí..., Gringo, esa misma. Tenés idea de lo que significa eso, ¿no? (...)

—Si lo largamos y yo tengo razón, me la darán en la cárcel, a la razón por supuesto. Si hacemos lo que yo digo, tal vez nunca sepamos si tenía o no razón, pero al menos estaremos en libertad. ¿O no? Eso no me lo puede negar nadie. Cuando lo larguemos, lo interrogarán, ¿cuánto tardó para llegar al primer lugar donde lo tuvieron?, ¿qué era, una casa, un departamento, o una quinta? ¿Qué les parece?, ¿que el viejo no se dio cuenta de que era una quinta? Sumá, los minutos de recorrido, porque ni siquiera se hizo ningún tipo de vareo previo a la llegada a la quinta. Sumale el trayecto de recorrido en el traslado de la quinta a la casa. Esto no te dice nada, por supuesto, solamente que tiene que haber sido en la otra punta de Buenos Aires. Bien, eso tampoco les dice nada. Pero ahora suma la llamada de Quilmes donde habló Neuman una noche de lluvia. ¿Qué se imaginan que van a pensar los de la División? La lógica, lo sacaron un día de lluvia, a un lugar cercano. ¿Dónde? Quilmes salta por el rastreo. Bien, ya estamos en la zona, sólo falta un poco más de ayuda del secuestrado. Te imaginás que sabe que estuvo en una casa de dos plantas. Que escuchó chicos jugando. De eso supongo que nadie tiene duda. La zona es tranquila. No pasan colectivos, ¿cuánto tardamos para la llamada telefónica?, no más de cinco minutos en el recorrido que se hizo, un poco más... 10... más... 15, seguimos en la zona. Cuando lo sacamos del coche al viejo, y cuando lo ingresamos a la casa, sabe que no tiene garaje, sabe que tiene que levantar bastante el pie para el ingreso a la casa, sabe que la casa tiene un living, una cocina, un patio, porque eso lo vio. ¿Más quieren seguir sumando? Agreguémosle lo que puede haber escuchado de nosotros, cuántas veces hablamos fuerte y no nos dimos cuenta. Sumale los nombres o apodos: Gringo, Nacho, Ruso, en alguna oportunidad Carlos, Felipe, Raúl. Esto es tal vez invento mío, pero puede haber sucedido. Es posible que todo esto sea imaginación mía. Pero les aseguro que con tres datos, como la quinta, el recorrido hasta aquí y... la llamada... la llamada desde aquí, fue lo más importante al decir de los de la División, yo lo escuché. Esto no me lo pueden discutir porque, a juzgar por las deducciones, si lo largamos, estoy convencido que en tres o cuatro días están golpeando la puerta de ingreso a esta casa. (...) Sacudirán la tierra hasta encontrarnos, y lo harán, no te quepan dudas. Y yo y Carlos estamos en la División, nuevamente lo volveremos a ver a él y a la familia. Eso a ustedes no les importa, pero a mí personalmente sí. Yo no sé cómo reaccionaré si lo veo. ¿Y si me fallan los nervios? Ustedes me querrán comer vivo. Pero me puede pasar, Gringo, sabíamos de un principio que esto no era fácil. Y que, siempre por poco que sea queda la posibilidad de tener que llegar a esto. Desde ya que tratamos de evitarlo, pero son cuarenta y tres días, muchachos, no son dos días. Sabés las cosas que debe tener dando vueltas este tipo en el bocho para cuando salga. El Negro decía que no había problemas porque no ve nada. Quién te asegura que no ve absolutamente nada sin anteojos.

—No, eso es cierto, sin anteojos no ve nada de nada —dijo el Ruso.

—¿Quién puede dar fe de ello? ¿Alguien estuvo en los ojos de él?... No... Te creés que te va a decir si ve algo. Vamos, loco, el viejo tiene el aspecto de boludo, pero de eso no tiene ningún pelo. Por algo hizo la guita que hizo. No lo subestimen.

—Ya sé, Gordo... nadie te quita tu verdad, la cosa no pasa por allí, va por otro lado..., a nadie nos gusta determinadas cosas. Por supuesto que nos gusta tener una buena posición, algo de dinero para vivir mejor, pero siempre se trata de pagar lo menos posible por esas cosas.

—Ya lo sé, Gringo, pero tampoco está en hacer la de Nacho. Claro, es sencillo, con la cuestión de su disgusto, toma su parte y chau, se raja. De esa manera todo es más sencillo, hay que quedarse a afrontar lo que pase...

—No podés decir tan fácilmente eso, porque sabés que el Negro de un principio trató de evitar este trabajo, precisamente para no terminar en esta situación.

Era cierto, creo que a ninguno le interesaba siquiera conversar de esta situación, pero tampoco los que no estábamos del todo de acuerdo hicimos demasiado para evitarla... Y lamentablemente esa noche se terminó en la Ruta 2, kilómetro cincuenta y tanto, y en un lugar elegido al azar; varios disparos segaron la vida de Neuman.



les que intervenimos en este hecho.

Pasado algún tiempo de los sucesos narrados, me encuentro con un oficial principal, muy relacionado a jefatura y a los altos mandos policiales, y que nada tenía que ver con este hecho. Este superior mío me dice que me habían usado. Yo no le di mucha importancia porque en definitiva no me pasó nada, y tuve como podrán saber más adelante un muy buen beneficio. Pero él insistió en que me habían usado. Le pregunté por qué, naturalmente.

—Yo te voy a desasnar un poco. Vos jamás habías participado de un hecho de estas características. Pero tenés fama de trabajar, de ir al frente y ser medio inconsciente en algunas cosas. Ojo, no te estoy tratando de juzgar, te comento para que lo tengas en cuenta pues siempre es bueno darse cuenta cuando te usan. Pues si te gusta, macanudo, el problema es que te usen, no te guste, y encima no saqués ningún beneficio. Ese no es tu caso. Pues vos lo sacaste. Pero, ¿a qué precio? Este procedimiento estuvo todo maniobrado desde un principio para que sea como en realidad no fue. Los compromisos de jefes y oficiales de brigada por lo general son muchos. ¿Sabés que hay muchos hechos de este tipo que no se descubren? ¿Y por qué éste se descubrió tan fácilmente? ¿No pensarás que solamente porque ustedes son brillantes?, eso no lo discuto. Tampoco pensarás que porque los detenidos eran unos perejiles. Supongo que debés saber que no lo son. Tampoco deberás pensar que porque era la primera vez. Entonces, ¿por qué? Paso a comentarte. ¿Vos viste que pidieron de arranque tres o cuatro millones de dólares? Bien, al parecer la cifra inicial no debería ser ésa, sino un millón, para bajar en todo caso a 750 mil dólares, o algo similar. Porque de este secuestro, bueno se dice por allí, que el general Viola o algún señor muy cercano a él estaría por sacar algún diario, u órgano de prensa similar, que solapadamente sea la voz partidaria al gobierno, ¿me seguís hasta allí?

—Sí, claro, sí, te sigo, pero no veo por qué deciden encanarlos.

—Bueno precisamente es allí donde ustedes juegan un papel importante. Pues en realidad no se quería encanarlos. Lo que se buscaba era un enfrentamiento entre ustedes y ellos, de lo que resultaría sin duda un gran procedimiento. Con seguridad no les iría mejor. De manera que cuando todo se escribiera sería lo más normal, en un secuestro de un judío se enfrentaron personal de Defraudaciones y Estafas con elementos de mal vivir, a resultas de ello, y acá viene mi duda única: si figurarían los actuales detenidos como delincuentes, o como personal policial abatido por los chorros. ¿Me entendés? Resumiendo: todos los muertos, sean del bando que fueran, serían policías cumpliendo su deber.

—Sí, pero quedaba la plata, y el secuestrado.

—Por supuesto no estaba fuera del plan también eso. El dinero desaparecería, e iría sin duda a las arcas a las que en principio debería haber ido. Y el secuestrado sería eliminado sin más, a consecuencia de que elementos que escaparon se tomaron venganza por la traición de la familia en haber hecho la denuncia.

—Pero, ¿por qué eligieron personal que era de utilidad para sus operativos? Bien vos me decís que esta gente no eran perejiles, que eran útiles en todo caso.

—Ajá, pero hay una cosa que aún no lo dije, o mejor dicho sí lo dije pero no lo desarrollé a fondo. Ellos no debían pedir más de un millón, y pidieron tres, cobrando en última instancia dos millones. Es decir estaban pasando a los mandos naturales, que comenzaron a pensar que todos los hechos fueron iguales, en todos los habían zarpado. ¿Qué hacer? ¿Procesarlos? No, imposible. Pues podían hablar. Entonces, ¿qué hacer? Sencillo, una boleta bien hecha, sin que ninguna de las partes intervinientes lo supieran. Todo quedaría como un hecho desgraciado, donde varias vidas policiales cayeron cumpliendo con su deber. Esto no se podría rebatir de ninguna manera, y los grandes que están atrás de todos estos últimos secuestros y exposiones podrían comenzar de nuevo. Pero les salió mal. No se dio el tiroteo. Por una cuestión fortuita. Y yo lo sé bien. Contestame lo siguiente: ¿Vos no tenías acaso orden de meterle bala sea quien sea los que tomaban la valija con guita?

—Sí, me dijeron que les diera sin asco para que fuera un ejemplo nuestra actitud.

—Bien y decime, esa situación no se dio porque vos cuando bajás de la moto y te afirmás contra un árbol, preparando la ametralladora para cortar a quien se arrime a la guita, es interferida por el ayudante que comete el error de detener a un tipo que no tenía nada que ver. Lo que es aprovechado por uno de los delincuentes, un subcomisario, para fugarse del lugar, y es atrapado por otro móvil policial, ya integrado por oficiales un poco más conscientes, y con más años que vos. ¿Me equivoco mucho?

—No, por supuesto que no —contesté bastante desconcertado y sin mucho que decir.

—Y decime, con franqueza, sinceramente: ¿qué hubieras hecho si ese error del ayudante no hubiera aparecido? Y cuando alguien se acercaba a tocar dinero ¿qué estabas dispuesto a hacer según lo que habían arreglado con tus compañeros ocasionales de brigada y acorde a tus órdenes?

—Sí... creo que sí... que hubiera disparado, estaba meloneado para hacerlo. Estaba convencido de que era lo que debíamos hacer.

—Ajá, ¿sabías que había otra gente de apoyo además de los que estuvieron detenidos?

—Sí, pero luego tuvieron que comparecer en la División.

—No, ésos no, otros más.

—No, no lo sabía.

—Viste, y decime, durante algún tiempo más ¿a vos no te llamaron por el teléfono oficial amenazándote que te harían la boleta de varias formas, poniéndote un caño en la moto, o como sea?

—Sí, eso es cierto, y estaba en conocimiento de los jefes inclusive porque yo les comenté lo acontecido.

—¿Y a quién te creés que debían poner para hacer este trabajito sucio? ¿A uno de las brigadas normales y estable de la división? ¿O a un loquito con la sangre caliente, que le hubiera gustado hacer mérito para salir de su oficina donde lo tenían acorralado como una rata? Además que pensara poco y que de alguna manera una vez desaparecido no fuera más que uno de los tantos números que somos en la institución.

—Mirá, yo siempre desconfié de por qué me sacaron a mí esa noche, pues además el trato que me daban los jefes era totalmente distinto. Yo jamás estuve en sumarios, ni en brigadas, siempre me tuvieron ahí... como olvidado... entendés, como un oficial de cuarta. Y de un día para otro... zas, paso al frente, todo el mundo me da bola, me dan una función realmente jodida, que ni siquiera los más avezados de esa división cargaron alguna vez con semejante responsabilidad. Qué boludo, y pensar que me la creí... loco, qué boludo. Estos hijos de puta me la pagarán algún día. Cómo me la hicieron comer. Sabés cómo puteaba, porque el Negro se equivocó parando a ese tipo... ¡menos mal hermano, menos mal!... Te das cuenta que soy un tipo de suerte. Siempre la tuve. Y no pasó nada porque tengo un Dios aparte.

—Tené cuidado, para ser un tipo como sos, realmente te hará mucha falta la suerte. Y te aclaro que el tiempo no borra, como muchos creen, las actitudes del policía dentro de la institución. Si hay algo que poseemos nosotros los polis es precisamente buena memoria.

—Te aseguro que de ahora en más lo tendré en cuenta.

Caso Oxenford

"Tendrá toda una vida para pensarlo"

Eduardo Oxenford fue secuestrado el 8 de enero de 1978. Hijo de un importante ejecutivo de Alpargatas, Oxenford fue mantenido en cautiverio en una casa ubicada en Lomas de Zamora. Pese a que se pagó el rescate —que oficialmente se estimó en 400.000 dólares—, fue asesinado el 15 de febrero de ese mismo año, porque había visto demasiado.

—¿El ingeniero Oxenford?

—Sí señor.

—Vea ingeniero, escuche bien lo que tengo que decirle, y no interrumpa y si tiene algo que decir o preguntar hágalo cuando termine. Tenemos a su hijo Eduardo, es decir lo hemos secuestrado. Solicitamos por liberarlo con vida la suma de 750.000 dólares.

Y allí escuché la contestación más increíble que podría haber esperado, mejor dicho, creo que me había preparado sicológicamente para cualquier respuesta, menos para ésta:

—Sí, señor, ya sé que lo han secuestrado, peor le diré dos cosas, una que esa suma no la reuniré jamás, y la otra, que radiqué la denuncia policial, como corresponde.

—Perfecto, señor, debo decir en realidad no esperaba que usted crucificara tan rápidamente a su hijo, de todas maneras, usted fue el que prefirió que esto termine de esta manera. Pero no se preocupe, tendrá toda una vida para pensarlo. Y le comento además, que usted sea un buen hijo de puta, no nos hará retroceder. Le diré lo que haremos, primero terminaremos con Eduardo, que realmente nos duele, pero luego y a un plazo no muy largo elegiremos otro miembro de su familia, y ése puede ser usted. No se olvide de ello, no crea que el hecho de que tenga una custodia lo salvará de esa situación, deberá concurrir con ella hasta el baño. ¿Entendió señor? Muy bien, fue un placer, ya tendrá novedades de su hijo.

—No, momento, yo no dije que quería terminar las transacciones, simplemente dije que había hecho la denuncia, y que no podré juntar ese dinero, y las dos cosas son reales. La primera porque hubo denuncia de los vecinos, y que fue ratificada por un familiar mío, y la otra porque yo no soy dueño de esa impresionante suma. Debemos rever las dos cosas. La primera del secuestro, porque hay policías mezclados, y la segunda porque no podré reunirla.

—Bien, le diré señor que ahora nos estamos entendiendo mejor, sobre la primera del secuestro es asunto nuestro, sobre la segunda es asunto suyo. Por lo tanto cada uno a su juego, usted resuelva su problema, que nosotros resolveremos el tema de la policía. Que le adelanto estamos en condiciones de hacerlo. No tenga la más mínima esperanza que la policía le solucionará este inconveniente. Ahora dígame si tiene usted intenciones de tratar este tema o no, no perderemos más tiempo.

—Por supuesto que tengo, pero esa suma es imposible de conseguir.

—Bien, júntela, lo volveremos a llamar para ver si la consiguió. Hasta la próxima.

Realmente, cuando colgué sentí una sensación de alivio. No estaba seguro de haber logrado algo en esta llamada. Pero ya estábamos en el baile, y realmente había que bailar, y con la más fea. Subí al coche y le comenté lo sucedido a Carlos.

—Este tipo es un témpano, me dejó helado con su contestación.

Esa tarde en el trabajo realmente sufría por dentro, era como si todos y cada uno de mis compañeros, cada vez que me miraban, me estaban observando como sospechoso del asunto, pero afortunadamente nadie habló de ningún secuestro, por dos razones, una, la más importante era porque en esas oficinas no se manejaban estos temas. Y la otra porque seguramente todavía la denuncia no había tomado toda su fuerza. Regresé a la casa en mi coche, y estábamos tres, mejor dicho, Carlos, Felipe y yo, a los que les comenté que en la División no escuché nada sobre secuestro. Felipe y Carlos me dijeron que me despreocupara de eso, que ellos mañana tendrían noticia fresquita. Luego se retiró Felipe, y quedamos Carlos y yo, miramos un poco de televisión, tomamos mate, hicimos algo de comer, la mayoría de las veces churrasco y ensalada, churrasco y huevos con papas y siempre así, salvo cuando estaba Nacho, que sabía cocinar, igual que Felipe, los dos hacían otras cosas más, para variar el menú fijo. Esa noche, como a la una de la mañana, mientras mirábamos televisión con todas las luces apagadas, escuchamos un motor de un coche, inclusive parecía el inconfundible motor del Falcon. Carlos y yo nos miramos, instintivamente apagué el televisor, y quedé en silencio, trataba de adivinar algo más que el ruido del coche. Y en eso se escuchan las puertas que se abren y cierran rápidamente. Salté de mi asiento, y corrí a una de las ventanas, Carlos a la otra, y me dice:

—¿Si es la poli, qué hacemos?

—Qué sé yo, rajamos.

—Por dónde boludo, deben tener rodeada la casa, ¿no sabés cómo hacen?

—Nos entregamos, entonces.

—Estás loco, nos darán máquina hasta que nos maten. Prefiero morir de otra manera, de un balazo, por ejemplo, así que no me entrego vivo.

—No sé, yo no sé.

En realidad no me había preguntado, hasta ahora, qué haría si teníamos esa situación frente a nosotros, era cierto lo que dijo Carlos, en esa época, por mucho menos se le daba máquina a cualquiera, y había que ver cuántos se cayeron del segundo piso al Patio de las Palmeras en el Departamento Central, para tener una idea. Por supuesto que algunos eran tirados de otros lugares, o directamente no aparecían. Por saber la suerte que correríamos, es que Carlos me dijo que no se entregaría para que lo mataran despacito.

(...) —Hijos de puta, cómo me hicieron sufrir.

Bueno, siguió por supuesto el rato de euforia. Y charlando se tocó cómo fue el pago, los momentos de incertidumbre debido a que no sabíamos si realmente se cobraría en esta oportunidad. Se notaba que todo parecía una cuestión de orgullo contra algunos de nuestros investigadores, que padecían de una soberbia tan grande que no veían más allá de sus narices. Y pensaban nada más que con el bolsillo.

Rato después, Nacho dijo:

—Bueno hoy ya no lo largaremos, tendremos que hacerlo mañana, pues casi ya es de día.

—Mirá yo quería hablar de eso con ustedes, —comentó Felipe.

(...) Nacho y yo nos miramos y él automáticamente dijo "esto no era lo estipulado. Yo para no tener que discutir sobre este asunto, tomaré mi parte que me corresponde y me voy". Dicho esto tomó su dinero, cargó una bolsa que tenía a su disposición, se colocó una campera de nylon y tomó su moto que estaba en el fondo de la casa, la puso en marcha y se fue.

(...) Para evitar problemas peores, hicimos las cuentas, yo tomé parte de mis cosas y las puse en el bolso. Como no tenía coche, tuve que tomar el colectivo y ya era un nuevo día con el sol arriba. Decidí no pensar en todo lo sucedido, pues me daba bronca que a último momento hayamos discutido por algo que no pensamos que sucedería. Con mi dinero y un bolso de ropas, tomé el bondi y me dirigí a la Capital. Era 24 de diciembre, debía ir a mi casa.